

La magia de contar historias: Una conversación con Fanny Buitrago

Nadia Celis / Bowdoin College

A 50 años de la publicación de su primera novela, *El hostigante verano de los dioses* (1963), la barranquillera Fanny Buitrago continúa siendo la más prolífica, versátil y controversial de las escritoras del Caribe colombiano. Tras su precoz incursión en la narrativa, cuando apenas tenía 18 años, Buitrago obtuvo el premio Nacional de Teatro con *El hombre de paja* en 1964, publicada junto a su primera colección de cuentos *Las distancias doradas*. La segunda, *La otra gente* (1974), fue elegida por la *Revista Semana* en 1999 como uno de los mejores libros colombianos del siglo XX. Sus volúmenes de relatos incluyen además *Bahía sonora* (1975), *Libranos de todo mal!* (1989) y *Canciones profanas* (2009). La línea novelística de su obra continuaría con *Cola de zorro* (1970), finalista del premio Seix Barral, *Los pañamanes* (1979), *Los amores de Afrodita* (1983), *Los fusilados de ayer* (1987), *Señora de la Miel* (1993) y *Bello animal* (2002), las dos últimas con traducciones al inglés y al italiano. Buitrago es también la autora de obras de literatura juvenil como *La casa del abuelo* (1979, premio de la UNESCO de Literatura infantil), *La casa del arco iris* (1986), *Cartas del palomar* (1988), *La casa del verde doncel* (1990) e *Historias de la rosa luna* (2008).

Desde la biblioteca del apartamento de Letty Buitrago, su hermana, agente y cómplice, donde han aguardado sus libros y sus cuadros durante el peregrinaje de la autora por destinos que incluyen el Caribe, los Estados Unidos y Europa, Fanny habla de su eterno amor por contar historias, de sus influencias, del origen de algunas de sus novelas más recientes y de sus obsesiones más persistentes.

Fanny Buitrago (FB): Yo quise ser escritora siempre... Todo empezó con mi fascinación con el sonido de las palabras. Siendo muy niña recuerdo que me llamaban mucho la atención y hacía imágenes de ellas. Me acuerdo de palabras tan bellas como “sábado” que yo pensaba que era una canoa volcada en la playa. Recuerdo también palabras como buque, noche o luna. Después vendría la influencia familiar de mi papá, mi abuelo, mi mamá y mis tías; eran dos las tías que siempre estaban contando cuentos. Me acuerdo también muy remotamente de mi papá dándome, en nombre de Caperucita, una sopa que yo no me quería tomar.

Crecí en ese medio ambiente donde tanto los libros como las historias contadas y leídas eran parte de la vida cotidiana; cuando llegamos al colegio, mi hermana Letty y yo, nos encontramos con la sorpresa de que así no era en otras casas...

Nadia Celis (NC): ¿Cómo pasaste de escuchar las historias a contarlas?

FB: Yo les cobraba a mis hermanos por contarles historias. Me inventaba personajes y les cobraba monedas o la tendida de la cama o ciertas cosas que no quería hacer, a cambio de relatarles cuentos. Recuerdo la influencia de *Las mil y una noches* en esto, porque mi hermano Luis, Letty y yo nos contábamos historias que no estaban en el libro, con sitios subterráneos llenos de árboles de los que colgaban esmeraldas o rubíes, como en el cuento original, pero además, según mi hermano, también colgaban huevitos fritos, dulces, bolitas de coco, de acuerdo con los intereses de cada quien.

Ya tenía unos 8 ó 9 años cuando empecé a escribir historias a mano, como lo sigo haciendo. Escribía obras de teatro también, porque mi papá siempre nos llevó a ver teatro y cine. Pero todo eso se perdió, por fortuna.

NC: ¿Y a quiénes leías? ¿Qué escritores te acompañaron en el camino?

FB: Son tantos... Hay que empezar por los clásicos, Homero, Shakespeare, Cervantes, aunque hay una cantidad de cosas que yo leí de niña, sin saber de quién era. A mí no me interesaban los autores, sino la historia. Y sufrí muchas decepciones, porque como niña pensaba que todo tenía que terminar bien. Para mí el final, por ejemplo, de *Nuestra señora de París* fue una decepción. Hay también una cantidad de cosas que leí sin entender o que me interesaron por los títulos, aunque después no entendía nada, y autores que descubrí con el tiempo que había leído de niña, como Saint Exupéry, sin entender sino la mitad. Además, como en mi casa eran tan liberales, mi papá y mi abuelo permitían que leyera de todo. Años después, un día le pregunté a mi papá cómo permitió que leyera *Quo Vadix* como de 9 años y me contestó: “Porque tú ibas a entender lo que tenías que entender”.

... Uno lee a Faulkner y el mundo cambia. Uno lee a Kafka y el mundo cambia. Uno lee a John Updike y el mundo se empieza a poner entre verde y divertido. Cada autor da unas pautas...

Contar historias es como la magia; como sacar algo de la nada: es la verdadera creación. Porque cuando tú tienes un pedazo de madera, tú le puedes dar forma con un cuchillo, al mármol con un cincel, pero una historia sale del aire prácticamente...

NC: ¿Cómo y de dónde te llegan esas historias?

FB: Nunca se sabe cómo llegan. Ellas llegan solitas, te eligen. A veces no estás pensando en escribir un cuento, en esa semana estás corrigiendo o en otras cosas y, de pronto, tienes que detenerte para contar una historia que escuchaste, un cuento que te contaron o que te imaginaste. Yo por eso sospecho que hay entidades que te dictan. A veces alguien cuenta algo sin saber que te está dando una historia, o te cuentan la historia completa, o las historias mismas se mezclan...

La historia escoge a los personajes y uno empieza a imaginárselos de acuerdo con la situación. Aún en la novela más planeada a veces hay personajes que llegan y que tú no los invitaste, que se invitaron solos... o tú los ves en la calle.

Cuando yo ya no puedo más con la historia, entonces empiezo a escribirla. El cómo se aprende de muchos escritores, porque de tanto leer, aprendes oficio... cuando uno empieza a pensar en oficio, es que el oficio se lo ha dado la lectura. Por eso yo pienso que escribo no porque escogí la literatura, sino porque la literatura me escogió a mí.

NC: Aún así, te he oído decir que no te sientes “escritora”.

FB: Es que no me siento escritora. No estoy pensando en que soy escritora. Solamente cuando me hacen una entrevista, pero del resto estoy escribiendo porque me gusta mucho escribir. Cuando corrijo pienso que estoy trabajando, pero cuando estoy escribiendo me estoy divirtiendo o estoy como viviendo una segunda vida mental. Y eso me encanta. Es como si uno viviera en dos países; estoy en el país, en la ciudad o en la casa en que vivo y hay otra dimensión, donde están sucediendo otras cosas, que es cuando se escribe.

El resto es simplemente que hay que levantarse, además de escribir, hay que lavar los platos, preparar el desayuno, hacer el mercado. Hay que ir a pagar el teléfono, el agua, que fulanito cumple años y hay que pensar en el regalito... La vida es otra cosa. No se puede ser escritora, sino cuando se escribe o cuando te entrevistan... Cuando de pronto tengo una evasión y soy escritora en momentos en que no debo, se quema la sopa, la vasija del agua se queda prendida en la cocina y hasta alguna vez llegué a la oficina, hace un tiempo cuando trabajaba en publicidad, con un zapato de un color y otro de otro, porque estaba pensando en un cuento. Hay que ponerle atención a la vida o si no uno llega a la oficina con un zapato negro y otro azul.

NC: ¿Qué historias tienes en la mira?

FB: Ahora estoy tratando de hacer un ciclo del mar. Pues es que yo soy caribeña y el mar... Tenía muchas historias del mar, pero escritas en Bogotá.

NC: ¿Cuál es la diferencia entre las historias del mar y otras historias?

FB: La diferencia es que las historias del mar te causan más alegría... aunque sean de gente muy pobre y que está sufriendo... Hay una historia que yo adoro, que publiqué hace años, pero no está en ningún libro, sobre un abogado que se casa con una mujer terrible. Una Doña Bárbara rubia. Al final se descubre que lo que el tipo quiere es que le armen el escándalo, que lo celen y todo porque “a las muchachas románticas les fascina consolar a maridos oprimidos.” Las historias en el Caribe son pa’ reírse; aunque hay mucha pobreza y dolor. La gente tiene la capacidad de reírse en Colombia toda, incluso en Bogotá, pero aquí tal vez por el frío salen más dramáticas. Lo irónico es que, aunque el Caribe en apariencia es más bullicioso, más festivo, más chévere, como se dice, a la larga es al revés. La gente es más festiva y flexible, pero es más conservador el Caribe y es mucho más de mente abierta Bogotá. No es que la Costa no tenga maravillas, las tiene, pero son eso, maravillas. Hay gente demasiado culta en Cartagena, en Montería, en Valledupar. Pero en Bogotá, además, hay gente de mundo. En el Caribe la gente de mundo es menos y todavía hay “mucho moño”.

NC: Hablemos de las historias detrás de tus historias, empezando por las del mar. ¿De dónde viene *Señora de la miel*?

FB: La *Señora de la miel* se inició en tragedia, pero yo tuve que cambiar el tono. Era una tragedia, porque era la historia de una muchacha que hereda a un tipo, una historia real que me contó mi tía Mercedes. La madrina le dijo a la muchacha: “a Fulanito, me lo cuidas” y Fulanita se pasó toda la vida cuidando al tipo que le ponía los cuernos y trabajando para él. Pero eso en tragedia no sonaba, no funcionaba. Yo escribí varios capítulos en Suecia y en Grecia. Esa era la novela para escribir en Suecia, porque evocaba al Caribe, mientras afuera caía nieve y más nieve, muy sucia, muy aburrida, muy antipática. Luego, en Grecia, un día se me ocurrió: esto hay que contarlo, pero es pa’ que la gente se ría. ¿Qué tal que a mí me dejen de herencia un tipo y yo me dedique a cuidarlo?

“Galaor Ucrós” era el niño más bonito del mundo. Lo vestían de terciopelo con zapatitos de charol. Además era un niño muy rico que cobraba por dar cine y todos los niños de la cuadra íbamos a ver Mickey Mouse en su casa. Esto era en las vacaciones donde mi abuelo. Un día, pasados los años, yo voy a visitar a mi tía Merce a su pueblo [Soledad] y estoy parada en la puerta de la calle cuando viene un tipo montado en un burro. Un tipo gordo que se le salía la panza, gelatinosa y blanca, con un sombrero carísimo y lentes ahumados, y descalzo. El tipo llevaba en el burro una ristra de cebolla larga y atrás a una muchacha. Iba borracho y, tan borracha como él, la muchacha, también con lentes oscuros. Le digo yo a mi tía Merce: “¿y ese quién es?” – Claudio Arrau (en quien yo me basé). Eso fue como a las 4 de la tarde y como a las 4:30 viene una mujer gorda con 5 niñitos, caminando como pidiéndole permiso a un pie para mover el otro, y yo le pregunto a Merce: “¿y esa quién es?”. – La mujer de Claudio

Arrau. Yo me arrastraba de la risa y allí empezaron a crearse los personajes. Yo no escribí ni la mitad de las pilatunas que el tipo hizo... La mujer le llevaba la comida a “la casa de señoras”.

NC: ¿Y Teodora?

FB: Mi amigo Germán Vargas me contó una vez, sin saber lo que estaba contando, que su mujer tenía una mata rebelde y la mata se estaba muriendo. Ella la iba a botar a la basura y no sabía que él estaba pendiente, porque él estaba en un sillón medio dormido. Entonces ella le dijo a la mata: “Mira, fulanita, la sin vergüenza, la palmita, te voy a dar otra oportunidad, porque tú estás para la basura. Pero yo respeto las matas y te doy otra oportunidad. O tú en quince días sacas hojas o tú te vas pa’ la basura.” Luego la cogió, la arregló y la puso en otro sitio, diciéndole: “Te voy a cambiar de sitio, porque tú debes estar aburrida”. La mata empezó a retoñar, a sacar hojitas, y en quince días la mata era una mata otra vez. Yo había leído además una entrevista que le hicieron a Federico Fellini donde cuenta que conoció una monja que lo cambiaba todo alrededor. Le ponía la mano a la mata y la mata crecía, la gente se ponía contenta, los animales se curaban. De allí salió el personaje de Teodora. Con dos o tres personas más... de esas personas así como lúdicas que uno conoce de los cuentos de Mingo, ese personaje de la costa que era un flojo, pero que todo el mundo lo quería, que todo el mundo decía que era como feo, como gordito, pero a la larga todo el mundo estaba privado con él. Y de una Norca, que conocí también, venezolana, a la que el marido le ponía los cuernos hasta con el gato y ella ni se enteraba. Recuerdo que ella me decía: “De fulanito todos, chica, todos hablan mal, pero fulanito es un santo”. Y Fulanito a los 2 minutos, en la misma fiesta se me acerca y me dice: “chica, yo quiero hacer el amor contigo”. Así que el personaje físico es como esa Norca, de allí salió de pronto solito.

Otra historia es la de mi amigo Mauricio Fernández que decía: “Mira, Fanny Buitrago, lo que está en orden está en orden, no hay que cambiarlo. ¿Quiénes son los maridos que descubren que les están poniendo los cuernos en su cama? Los que llegan el día anterior, no los que llegan el día que toca, porque si llegan el día que dijeron que llegaban, no se van a encontrar a la mujer poniéndoles los cuernos.”

NC: Y el pueblo de la historia, ¿está basado en un pueblo real?

FB: Los pueblos costeros, que son muchos. Nos tocó hacer poquito uno que se llama Rincón del mar, en Balsillas, Sucre. Solo había en el pueblo un televisor y un aparato de comunicaciones, pero había un escritor, que mandó los libros al sitio donde estábamos para que se los compráramos. También nos tocó un niño, que apenas nos vio llegar agarró una bicicleta y déle, se metió y se metió hasta que resultó atendiendo y haciéndonos los mandados. En esas empieza con todo el mundo, con que él cumplía años tal día y le teníamos que hacer la fiesta. Y todo el mundo enternecido hasta que le preguntamos al portero, que nos dijo: “No, sí

él ya tiene como tres bicicletas que le han mandado, y otros regalos, porque cumple como tres veces al mes”.

El título de la novela fue un homenaje a “las estrellas de miel” de Rojas Herazo en *Respirando el verano*. Él tenía una frase maravillosa, que “a uno se lo inventan los amigos.” Yo me puse a pensar en un personaje de Rojas inventado por mí, y salió así.

NC: Pasemos a una historia bogotana. ¿Cuál es el origen de *Bello animal*?

FB: Colombia es una tierra de modelos. Si te fijas en la televisión, préstale atención, es una tierra de modelos y de presentadoras de televisión, que van pasando. Hay dos o tres que permanecen, que es lo que le pasa a la modelo Gema, la protagonista, que permanece, pero las otras van pasando, en un mundo de negocios y negocios, de muchachos haciendo aeróbicos y muchachas obsesionadas con el cuerpo, cuando finalmente la gente termina queriendo a los demás es por lo que piensan y por lo que hablan, mientras la belleza pasa y pasa. Hay una cantidad de gente de consumo, a la que consumen como tomar gaseosa o cerveza, pasan y pasan... Sus cuerpos son, desafortunadamente, desechables.

NC: ¿Es Gema un medio para denunciar esa cultura desechable?

FB: Exactamente.

NC: ¿Y frente a esa cultura y esos seres desechables, cuál es, digamos, la defensa o la resistencia posible?

FB: El pensamiento. Todo el tiempo estamos en guerra, no solo en Colombia, sino en el mundo, y cada época tiene una guerra en contra de tópicos. En una época fue una guerra contra Dios, contra la idea de Dios. Nosotros vivimos en una época de guerra contra el pensamiento. La idea es que la gente no piense, sino que haga deporte, que vaya a espectáculos. En una época se presentaba en la televisión buen teatro. Yo de niña vi teatro y no sé si era bueno o malo, pero era maravilloso, porque uno veía teatro. Ahora es la telenovela por la mañana, al medio día y por la noche. El crimen por la mañana, al medio día y por la noche. Tampoco los libros son ya para leerlos, sino para consumirlos, como el cine; el cine se consume, la supuesta “literatura” se consume. Ya no se montan las grandes obras de la literatura universal, sino que se montan espectáculos que da lo mismo ver *Sábados Felices*.

El otro día vi un hombre diciendo en televisión que “el ciudadano del siglo veintiuno es el consumidor” y el tipo no sabía la cosa tan horrible que estaba diciendo. Eso es un horror! Estamos creando, no solo consumidores, sino esclavos. Las clases que van a gobernar, que se eduquen, y el resto, que consuma y no piense. La guerra actual es contra el pensamiento. Por eso el libro que se promociona es el que no hace pensar. Dice Mempo Giardinelli, que hoy “los que publican libros son miles, pero los escritores son pocos”.

NC: ¿Cuál es la relación entre esta guerra contra el pensamiento y la infantilización del mundo, de la que también te he oído hablar?

FB: El mundo se ha infantilizado copiando a los Estados Unidos, que es un país donde hay una clase dirigente muy inteligente y poderosa, pero donde hay muchísimos niños grandes. Estamos de vuelta a la era del juego, como los romanos: pan y circo. Por eso los ídolos de este momento son los ídolos del rock, los cantantes, las modelos, ni siquiera vamos a decir que son los mimos o la gente del circo, no, es lo que agrupe mucha gente y la ponga a moverse e identificarse con el que los hace mover. Y cuanto más se mueven, menos piensan.

No hay nada más peligroso que un niño grande. Por eso también los niños se convirtieron en objetivos de los depredadores, que no es que sean malos de por sí, sino que no crecieron. Porque, sí, pueden tener treinta años, pero mentalmente tienen diez, de modo que sus objetivos sexuales son los niños. Por eso los juegos por Internet tienen tanto éxito además. Y no es que el juego tenga nada de malo, al contrario, el juego es importante, pero otra cosa es cuando la vida se vuelve solo un juego, eso es peligroso.

NC: ¿A qué te refieres con que la vida se vuelve “solo juego”?

FB: Cada vez hay más elementos utilizados por los gobiernos en todo el mundo. Los gobiernos, que no solo son los elegidos por la democracia, sino diferentes capas de la sociedad. Hay una capa de la sociedad que maneja cierto tipo de tecnología y crea juegos para que la gente no piense.

NC: ¿Y para que no crezca?

FB: Exacto, para que no crezca. ¿Por qué? Porque si la gente no piensa, más consume. En la televisión te dicen que si tú te pones la chaqueta tal o usas el pintalabios tal o el delineador tal, vas a ser más bonita, más inteligente, más maravillosa, y la gente se lo cree. Por eso cada vez hay más copias de personas que personas.

NC: En tus novelas abundan esos personajes infantilizados, en particular, las “mujeres-niñas”, presentes desde Abia en *El hostigante verano de los dioses*...

FB: Porque esa es una constante en estos países: que las mujeres no crecen, o no crecemos, no es que yo me esté evadiendo. El problema constante es que falta mucho para desarrollar todas nuestras capacidades, todas las aptitudes, porque en el fondo lo crían a uno inútil, mentalmente inútil, en unos casos para protegerte y en otros casos para coartarte, para tenerte en sumisión: que usted no puede hacer esto o lo otro, ni se puede reír duro ni puede hablar alto, ni se puede poner la falda así. Las muchachas de hoy se empelotaron, eso sí, pero el tipo les sigue diciendo: “tú no sales así”. Tú lo ves mucho en el Caribe todavía, donde la mayoría de las mujeres no existen si no están en relación con el elemento

masculino. Y yo al escribir esa primera novela no lo tenía tan claro, pero mi cerebro lo sabía. Mi cerebro lo tenía claro, yo no.

NC: ¿Cómo puede coexistir esa idea de que las mujeres se empelotaron con el hombre que todavía les dice qué ponerse?

FB: Eso es parte de la atmósfera del narcotráfico. Como los héroes eran los narcotraficantes y a los narcotraficantes les gustaban las mujeres con los senos afuera, con las piernas afuera, eso se volvió un paradigma. Así que uno va a comprar en Cartagena o en Barranquilla o en Cali una blusa y no la puede comprar, porque toda está llena de estremitas, de bordados, de lentejuelas. Termina uno no comprando nada cuando uno quiere vestirse normalmente. La atmósfera del narcotráfico ha cambiado muchísimas cosas en el país, muchísimas.

NC: ¿Y qué hay de los hombres?

FB: Colombia es una suma de países, no un solo país. Comparados con los hombres de otros sitios, los hombres cultos colombianos son mucho más abiertos mentalmente, mucho más leídos, mucho más inteligentes que hombres de otros países (aunque parezca que estoy defendiendo a mis hombres). Por lo menos yo he tenido la fortuna de moverme en medio de hombres inteligentes... entre escritores, entre actores, entre catedráticos, entre gente muy inteligente. Pero si uno los analiza a través de las capas sociales, en el país la mitad de los hombres son hijos de su mamá. Cuando cumplen 25 años, la mamá se los regala a otra señora y listo: “Yo ya lo tuve 25 años, entonces usted siga por otros 25 años”. Después se separan de esa y esa se los regala a otra: “Téngalo”, por otros 25, y nunca crecieron, jamás crecieron.

Yo he encontrado, sobre todo, en el Caribe, entre otros sitios, que hay hombres que escasamente hablan. Sencillamente no aprendieron nunca a hablar o aprendieron palabras generalmente de grueso calibre. Alguna vez me encontré con un taxista cartagenero muy inteligente y tocamos el tema y le preguntaba por qué aquí hay gente que habla de tan grueso calibre. Él me dijo que por miedo, porque quieren que los demás piensen que son hombres duros. Porque la inseguridad en los barrios populares es tal que todos van de que son el guapo pa’ que no les roben la casa, pa’ que no haya el atraco. Porque la atmósfera de este país se mueve entre la risa y el miedo.

NC: Fanny, sabiendo que la violencia es el origen de ese miedo cotidiano, además de tema obligado de nuestra literatura, sorprende verla cada vez menos en tus obras más recientes.

FB: Sí se ve, en *Bello animal* se ve bastante, pero con otro contexto. Es una promesa que yo me hice. El tema de la violencia no lo puedo soslayar, pero voy a evitar que la violencia sea el centro de mi trabajo.

NC: ¿Por qué?

FB: Pues porque no hay derecho, además de que estamos inmersos en un mundo lleno de violencia, a insistir en ella. No la puedo evitar ni soslayar, pero en lo posible no quiero escribir más sobre violencia. Hay muchos temas y no hay que hacer de la violencia el centro.

NC: ¿Cuáles son esos temas?

FB: ¡Ah! maravillas, la genética, el futuro, la posibilidad del cambio, cómo estamos cambiando y cambiando, aunque no lo voy a ver yo, es una lástima. Los cambios de los niños, por ejemplo, que a mí me encantan, pues hoy el niño puede ser tu igual. Lo importante es que crezca, que no se quede allí. A pesar de todos los problemas que tenemos, el teatro no se ha acabado. Se supone que la televisión y la internet iban acabar con el teatro, pero el teatro está vivo y vigente. Hay además muchos cineastas. Ya no todos quieren ser rockeros, como hace diez años, cuando todo muchacho de 15 quería ser cantante de rock. Ahora te dicen: voy a hacer cine, o a escribir. Muchísimos escritores, que hace 20 años nadie pensaba que el hijo iba ser escritor. Malos, buenos, regulares, pero escritores, que van a abrir posibilidades a la literatura.

NC: Ahora que mencionas a los niños, ¿cuál ha sido el papel de la literatura infantil dentro de tu carrera literaria?

FB: Eso sí ha sido muy sencillo, pues ha sido complacer a mis niños, a los niños de mi familia que querían leerme. Y en un momento dado empezaron a disfrutarlo otros niños que se han vuelto niños de mi familia, porque los amigos tienen hijos... De pronto es una manera de espantar la tristeza, pues de repente, en los últimos años, han pasado cosas muy dolorosas. Escribir no para niños, sino sobre el tema de los niños, me regresa, no a mi infancia realmente, sino a las vacaciones de mi infancia. También, tal vez, a la niña despreocupada que no fui. Yo fui una niña pensante y los niños pensantes sufren. Yo disfruto más la vida hoy que cuando era niña.

...Pienso que me ha tocado gente maravillosa, que he conocido unos personajes y unas personas fuera de serie, y que he amado muchísimo. Que me han querido muchísimo y que he tenido unos amigos estupendos. Unas cuantas amigas escritoras también estupendas, pero más escritores, y alrededor he conocido pintores, actores, ceramistas, publicistas, modelos, vendedores de cigarrillos, vendedores de zapatos, vagos, drogadictos también, porque para qué nos vamos a decir que no, cajeros de banco, señoras bien, señores bien. Pienso que he tenido una vida muy bella y agradezco mucho haberla tenido. Este es un cuadro de Grau. Grau decía que —no que fuera una constante, sino que cuando yo quería— yo manejaba a la gente con un dedo. Y que yo tenía un tercer ojo. Puede ser el tercer ojo del escritor, ¿no? Creo yo que puede ser.